

J.R. ESCUDERO

# PERROS DE PRESA



UN ABSORBENTE THRILLER DE ESPÍAS EN UNA  
DE LAS ZONAS MÁS CALIENTES DEL GLOBO

# PERROS DE PRESA

J.R. ESCUDERO

Primera Edición. Julio 2019.

©Todos los derechos reservados.

## SINOPSIS

Anthony Nolan, aventurero, contrabandista y buscavidas sin conciencia, es reclutado por el CNI como agente a sueldo. El secuestro de unos jóvenes europeos en el Sahel, perpetrado por el Estado Islámico, lleva a Nolan hasta Niamey, turbulenta encrucijada de espías, tráfico ilícito y conspiraciones, con el encargo de conseguir un acuerdo con su carismático líder. Acostumbrado al peligro y a las situaciones límite, Nolan deberá utilizar todo su ingenio y argucias para salir indemne y llevar la operación a buen puerto.

También deberá enfrentarse a los juegos de poder dentro del CNI, una realidad que se escribe a estocada limpia y en la que nada es lo que parece. Una realidad a la que él es ajeno, y a la que aplicará sus propios métodos.

Perros de Presa es una novela intensa y de acción vertiginosa, en la que están presentes los temas inherentes al autor: la crítica política, las desigualdades sociales, la hipocresía de la opinión pública, los excesos del poder y el horror de los dogmas. Y lo hace con pasión, ritmo trepidante y humor, herramienta necesaria para entender el mundo.

Aunque documentada con algunas situaciones reales, Perros de Presa es una novela cuya historia y personajes son en su mayor parte ficticios. También son imaginarias las acciones que en algún momento se atribuyen a personajes reales.

## Contenido

### PRIMERA PARTE

#### PERROS DE GUERRA

##### PREÁMBULO

2018. EL SAHEL, SUR DE MARRUECOS

2014. CIZRE, FRONTERA DEL KURDISTÁN

2018. MADRID, BARRIO DE SALAMANCA

2014. KURDISTÁN e IRAK

2018. MADRID, INSTALACIONES DEL CNI

2018. EL SAHEL, ALGÚN LUGAR EN LA FRONTERA ENTRE MALI Y NÍGER

2018. MADRID, INSTALACIONES DEL CNI

2014. BAGDAD (IRAK)

2018. MADRID, PUENTE DE VALLECAS

2018. EN ALGÚN LUGAR SOBRE EL SAHEL

### SEGUNDA PARTE

#### PERROS DE PRESA

##### PREÁMBULO

DÍA 1

DÍA 2

DÍA 3

DÍA 4

### TERCERA PARTE

#### PERROS FALDEROS

ABRIL DE 2018. MADRID

MAYO DE 2018. MÓNACO

### EPÍLOGO

#### SOBRE EL AUTOR

# PRIMERA PARTE

# PERROS DE GUERRA

## PREÁMBULO

### 2018. EL SAHEL, SUR DE MARRUECOS

Tres potentes todoterrenos Land Rover Defender quebraban la quietud de la noche subsahariana. Avanzaban muy rápido, conscientes sus ocupantes de que en esa parte del mundo ellos imponían su ley —la Sharia prevalecía sobre el resto de imperativos terrenales—, y, de que, a esas horas intempestivas, no habría nadie, ni animal, ni hombre, ni cosa, que estuviese vigilando unos caminos polvorientos perdidos de la mano de Dios, en el corazón del Sahel.

A la cabeza del convoy, al lado del conductor, viajaba un hombre de rostro noble y mirada límpida como el agua de un estanque cristalino. Sus ojos observaban la quietud más allá del camino, siguiendo la luz de la luna como un faro en la oscuridad de la noche.

A veces, en esos momentos de sosiego y paz espiritual, se le aparecía su hija de la mano de su esposa, con su sempiterna sonrisa y su mirada pícara, pidiéndole monedas para comprar un dulce en la tienda del viejo Faruk, en la plaza, justo antes de salir por la puerta de casa. Una mañana como otra cualquiera, ellas partieron camino del colegio, — como maestra y alumna, como madre e hija—, y nunca más

las volvió a ver. No pudieron ni recoger sus restos, calcinados por un misil inteligente que confundió la escuela con una zona de adiestramiento militar. Un campamento donde él mismo acudía regularmente a ejercitarse en el manejo de fusiles y pistolas, junto con el resto de aldeanos, obligado por los hombres del Imán.

Él debería estar muerto y ellas vivas. No obstante, Alá —sus designios son inescrutables— no opinaba lo mismo, lo había querido de otra manera. Lo puso a prueba de la forma más dolorosa que uno pudiese imaginar. A veces, hasta él mismo perdía la fe. Quizás Alá no fuese merecedor de semejante sacrificio, o quizás él no era merecedor del amor divino. Se hubiese conformado con disfrutar de la mortalidad de su amor por su esposa y por su hija, un amor perecedero pero incondicional.

Eran pensamientos que anidaban en lo más profundo de su mente, nunca los decía en voz alta, y que afloraban en las noches más oscuras. De cara al exterior, él tenía un único grito de guerra: el clamor de la venganza contra los infieles. La venganza era un bálsamo que apaciguaba sus demonios. Únicamente en el poder del odio y en la muerte encontraba consuelo.

Cuando cerraba los ojos y dormía, aparecían con sus rasgos deformados, con la piel cayéndose a tiras, envueltas en llamas, gritando y pidiendo ayuda. Por eso nunca dormía, a no ser que fuera con el consuelo de los somníferos que le suministraba su médico personal. Desde aquel día, se entregó a la yihad y a la búsqueda de una paz que nunca llegaba. Por más que matase, por más que mutilase, por más que se alimentase del dolor ajeno, su venganza nunca se consumaba —como una bestia que no se saciaba—. Porque, ellas no podían volver a besarle ni acariciarle el pelo, ni le podían esconderle las babuchas para que las buscara mientras reían a sus espaldas. Antes era un humilde artesano que trabajaba el cobre —como hizo su padre antes que él, y el padre de su padre— en un pueblecito cercano

a Mosul, y ahora se había convertido en uno de los líderes más venerados y respetados del Estado Islámico, también en uno de los más crueles y despiadados.

Tenía carisma y había adquirido la fama necesaria para convertirse en una leyenda viviente. El pueblo hablaba de él con veneración, pronunciaba su nombre como si se tratase de un personaje sobrenatural, inmune a las balas y las bombas de los perros occidentales. Y, sus hazañas se magnificaban hasta convertirse en cuentos que se relataban en los poblados más remotos para que los niños soñasen con un futuro de esperanza.

El Estado Islámico estaba en declive, atravesaba momentos de oscuridad, sufría derrota tras derrota en todos los frentes y su territorio se reducía y fragmentaba cada vez más. Necesitaban héroes que levantasen la moral.

Sabía que sus hombres lo seguirían hasta la muerte y más allá. En su mayoría eran fanáticos religiosos adoctrinados desde la cuna, y también había algunos con el alma rota, como él mismo. Cuando hacía un llamamiento a la yihad, a los pocos días aparecían cientos de voluntarios procedentes de los lugares más recónditos del globo dispuestos a convertirse en muyahidines por un ideal. Y, cuando los mártires eran necesarios para la causa, se presentaban ante él decenas de ellos dispuestos a recibir órdenes e inmolarse, o a llevar a cabo cualquier tipo de atentado suicida que ordenase. Él mismo se hubiera prestado a morir matando infieles en Jerusalén, París, Madrid, Londres, o dónde hiciera falta, pero sentía que aún no había llegado su hora. Pronto, se decía.

En el poblado reinaba la tensa calma que precedía a la tempestad. A esas horas, todos dormían. Había sido un día duro, abriendo acequias, horadando la tierra para la siembra y construyendo un edificio que haría de escuela.

La joven se desperezó lentamente dentro de la choza de barro y adobe que ocupaba junto a su compañero y aman-

te. Se encontraba desnuda y unas gotas de sudor perlaban su frente. Como todas las noches de la última semana, habían hecho el amor con fruición y su felicidad era plena. Se encontraba en África, donde siempre había soñado, ayudando a la gente que más lo necesitaba; y había encontrado el amor allí, en ese recóndito rincón de la Tierra, lleno de enfermedad, miseria y gente riendo y con ganas de vivir plenamente a pesar de las adversidades.

Su media naranja era Brian, un joven británico de piel traslúcida y mirada intensa. Nunca antes se habían visto, pero después de un par de semanas juntos era como si se conocieran de toda la vida. El destino los había unido allí precisamente, como ella anhelaba en sus sueños de niña. Era su príncipe azul. Hacían muchos planes, estudios, viajes, fiestas, una vida en común. Su padre no se tendría que preocupar por su dinero. Había sido una buena idea participar en ese voluntariado. En África, la vida podía ser maravillosa.

Se puso una de las camisetas de Brian, se calzó unas chancletas, cogió una linterna y salió de la cabaña para hacer pis en el agujero que utilizaban a modo de fosa séptica, ubicado a una decena de pasos por detrás de las casas del poblado. Apagó la linterna. No hacía falta. La luz de la luna llena bañaba todo el paisaje como si estuviera fabricado de mercurio líquido. No había nada a decenas de kilómetros a la redonda, se encontraban en el límite meridional del Sahara, en el último pueblo del Sahel, un oasis de agua, palmeras y cultivos donde paraban las caravanas desde tiempos inmemoriales antes de adentrarse en el desierto.

Ante ella se extendía una tierra estéril y pedregosa y, más al fondo, se apreciaba el comienzo del inmenso mar de dunas que avanzaba cada día un poco más y que, si nadie lo evitaba, en pocos años, quizás décadas, engulliría el pequeño paraíso en el que se encontraba. Miró hacia arriba, hacia la bóveda celeste, con miles de estrellas brillando, cada una con su propia historia, como la suya. Era su mo-

mento preferido del día, después del sexo esperaba a que los ruidos cotidianos se apagasen en el campamento y comenzasen los ronquidos y los jadeos apagados de la noche. Le habían dicho que no debía salir sola, que era peligroso, que había serpientes y escorpiones, pero ella no les tenía miedo. Sabía que estaban de su parte.

Oyó un ronroneo tenue, pero que se hacía cada vez más patente. Conforme pasaban los segundos estaba claro que se trataba de ruido de motor. Al poco aparecieron tres vehículos en la cumbre de la colina que escondía el poblado de los vientos secos del Sahara. Venían con prisa, derrapaban en cada curva que daban y levantaban una estela de polvo tras de sí. En unos pocos minutos estarían en el valle.

Corrió hacia la choza donde Brian dormía plácidamente y lo zarandeó varias veces. Como no despertaba, cogió la cantimplora y le vertió casi toda el agua encima de la cara.

—¡Despierta! —gritó en un susurro.

—¿Qué pasa? —preguntó desorientado.

—Viene alguien.

—A estas horas, ¿quién será?

—No lo sé, pero ya están aquí. Tenemos que avisar a los de seguridad.

—Espera, a ver qué pasa.

Oyeron como los vehículos derrapaban en el centro de la plaza. Se asomaron por la ventana sin encender luz alguna. Observaron como las sombras se convertían en siluetas. Bajaron unos diez hombres, con turbante y ropa militar, armados con pistolas y metralletas. Uno de ellos comenzó a gritar algo en un dialecto ininteligible para ellos, y disparó al aire en repetidas ocasiones.

Los disparos cesaron cuando uno de los visitantes se apeó y dijo algo al resto. Formaron un círculo a su alrededor y avanzaron unos metros asegurando el perímetro, medio agachados, apuntando a la nada, con sus armas pegadas al hombro.

El jefe del poblado, un anciano de tez oscura como la noche y ojos blancos como la luna, salió a su encuentro. Intercambiaron unas breves palabras y señaló varias chozas, entre ellas la suya.

Se apretó a Brian con todas sus fuerzas mientras veía como se acercaban dos hombres con paso firme y decidido. Irrumpieron en la habitación echando la puerta abajo y los encañonaron con la punta del fusil. Brian estaba en cueros, abrazado a ella. Sintió como su cuerpo temblaba y miccionaba encima de su pierna. El que parecía el jefe entró en la cabaña y en un perfecto inglés les dijo que se vistieran.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de nosotros? —preguntó ella con los pocos arrestos que le quedaban.

—Son prisioneros del Estado Islámico —su inglés era rudo pero entendible—, a partir de ahora, harán lo que se les diga.

—¿Sabe con quién está hablando? —farfulló.

—Las preguntas las hacemos nosotros —replicó hosco.

—No sabe quién soy —replicó ella temblando de miedo.

Le dio una bofetada con el dorso de la mano que hizo que su labio sangrase profusamente. Brian se meó encima de nuevo.

La agarró por el cuello y alzó su cara haciendo que se apoyase de puntillas.

—Se equivoca, sé perfectamente quienes son cada uno de ustedes. Si colaboran saldrán con vida, si se oponen o causan algún problema los degüello, ¿entendido?

Ella asintió con la cabeza. Los soldados rieron por lo bajini al ver que Brian se había cagado.

Se vistieron delante de sus captores con unos monos naranjas que les proporcionaron. Los amordazaron y los maniataron de pies y manos, casi cortándoles la circulación. Dando saltitos y a punta de pistola, los llevaron junto a otros cooperantes hacia uno de los todoterrenos, donde los tumbaron en el suelo, al lado de los cadáveres degolla-

dos del personal de seguridad de la empresa que los había llevado hasta allí. El hedor que despedía su joven amante era nauseabundo, y sería el olor que los acompañaría en los siguientes días.

El jefe del poblado se acercó hacia el portón y les escupió a la cara con una mirada de odio que no dejaba lugar a dudas ni conjeturas sobre lo que había pasado. En unos minutos el sueño de cuento de hadas de Estrella Bouvilla se había transmutado en su peor pesadilla.

## 2014. CIZRE, FRONTERA DEL KURDISTÁN

**E**l hombre enjuto, de piel oscura y cuarteada, los es-  
crutaba con ojos de halcón. Se atusó levemente su  
prominente mostacho. Vestía uniforme de campaña,  
arrugado y lleno de polvo, salpicado en la manga con  
varias manchitas oscuras que bien podían ser restos de san-  
gre de algún compañero o de algún enemigo.

Con una mueca despectiva sonrió y negó con la cabeza. Hizo un gesto con la mano y sus milicianos comenzaron a vaciar el local de la clientela habitual: comerciantes, trafican-  
tes, contrabandistas, pastores y montaraces —la mayo-  
ría aglutinaba un poco de cada cosa—. Todos barbudos,  
con aspecto rudo y expresión fiera. Olía a té, tabaco y a hu-  
manidad reconcentrada.

Algunos, los menos, rechistaron mientras los empujaban  
con la culata del fusil, mirando con cara esquinada a los dos  
occidentales, arrinconados entre las sombras en una mesa  
del fondo. Esos dos que llevaban semanas paseándose por  
la ciudad en un camión con el logo de la Media Luna Roja  
xerografiado en los laterales del remolque —aunque nin-  
guno vestía atuendo de médico, ni de enfermero, ni de na-  
da que se le pareciera—.